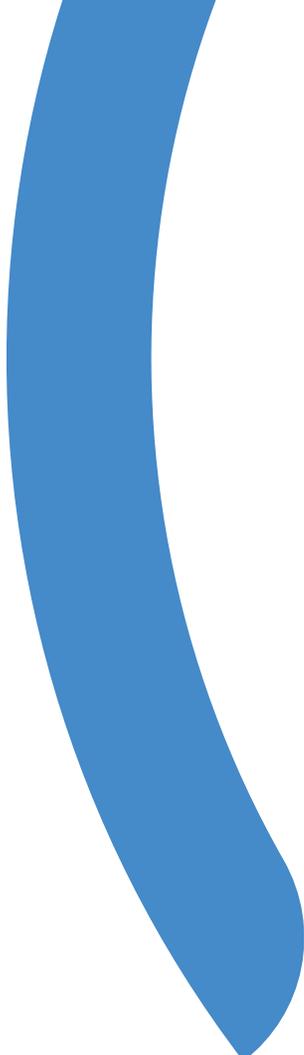




# Proceso



**Universidad Centroamericana**

**José Simeón Cañas**

Bulevard Los Próceres

Antiguo Cuscatlán

La Libertad, El Salvador, C.A.

Tel. (503) 2210-6600

<http://www.uca.edu.sv/>



# Índice

<b>RADIOGRAFÍA:</b> REAPERTURA ECONÓMICA ¿MÁS DE LO MISMO?	<b>5</b>
<b>PERSPECTIVAS DESDE LA ACADEMIA:</b>	
AUTORITARISMO COOL	<b>9</b>
EPIDEMIAS Y PATRONES CULTURALES	<b>15</b>



**RADIOGRAFÍA**



## Reapertura económica ¿Más de lo mismo?

El pasado 16 de junio comenzó la primera fase de la reapertura económica en medio de un alza en los casos de Covid-19. Las cifras oficiales de contagiados no han parado de subir desde entonces. Ya se registran más de cien casos diarios. La pregunta obligada es: ¿Tendrá la reapertura económica consecuencias fatales en la salud de los salvadoreños?

Así como van las cosas pareciera que no se ha gestionado de manera adecuada el binomio economía-salud. Se suspendió la actividad económica para proteger la salud, pero la economía comenzó a resentirse. Ahora, por la reapertura económica, la salud se ve amenazada nuevamente. A tal grado es la amenaza que ahora se cierne la duda sobre la viabilidad, en estas condiciones, de la segunda fase de la reapertura.

La pandemia ha dejado al desnudo varias cosas que vale la pena retomar. En materia sanitaria, se ha puesto en evidencia la precariedad del sistema de salud salvadoreño. Fortalecer este sistema no fue una prioridad de los gobiernos anteriores ni estaba en la agenda de prioridades del actual gobierno. El actual ritmo de contagios ha superado la capacidad instalada para atender a los contagiados. La remodelación e inauguración de nuevas instalaciones sanitarias y la ampliación de otras más implicarán un alivio temporal pero probablemente no serán suficientes. El personal médico y paramédico que está en la primera línea de atención a los contagiados está sometido a condiciones de estrés que atentan contra su propia salud.

En la medida en que no se logra “aplanar la curva” los contagiados tendrán que ser atendidos en sus propias casas. A la población no le queda otra alternativa que prepararse.

No solamente debe tomar medidas para evitar contagios sino debe aprender cómo responder en caso de contagio. Las autoridades, junto con quienes se recuperaron una vez contagiados, tienen una gran oportunidad para ayudar a que los nuevos contagiados la pasen mejor que los primeros. El enfoque del “sálvese quien pueda” que ha predominado hasta ahora en la atención de la pandemia, debe ser sustituido por un enfoque más solidario. Un enfoque no basado en el temor al contagio sino en la ayuda solidaria una vez que se ha dado el contagio.

En materia política, la pandemia fue convertida en oportunidad política por el gobierno en su búsqueda de una arrasadora victoria electoral en 2021. El ataque a sus adversarios en la Asamblea Legislativa ha predominado sobre lo que debió ser la búsqueda de cooperación. Los vetos presidenciales son una muestra inequívoca de ello. Y, en la medida en que el presidente veta argumentando inconstitucionalidades, la búsqueda de superar ese veto tensa aún más las relaciones. La tentación lógica para el presidente es gobernar con decretos ejecutivos, tratando de obviar el trámite legislativo. Ello ha conducido, con más frecuencia de lo esperado, a una actividad de la Sala de lo Constitucional interpretada por el presidente como un estorbo más. La Asamblea Legislativa y la Sala de lo Constitucional tienen facultades de control sobre el Ejecutivo.

El ejercicio de ese control exaspera al presidente y se presenta como la víctima de un sistema corrupto, que



Foto cortesía de Rodrigo Sura /EFE



solo quiere la muerte de los salvadoreños y, por tanto, al que hay que cambiar. En medio de la pandemia, el vicepresidente ha lanzado a la agenda pública el tema de la reforma constitucional, como si eso fuera lo más importante en este momento. No hay dudas de que ese tema puede darle rédito electoral al presidente, a su partido y, por supuesto, a su grupo familiar.

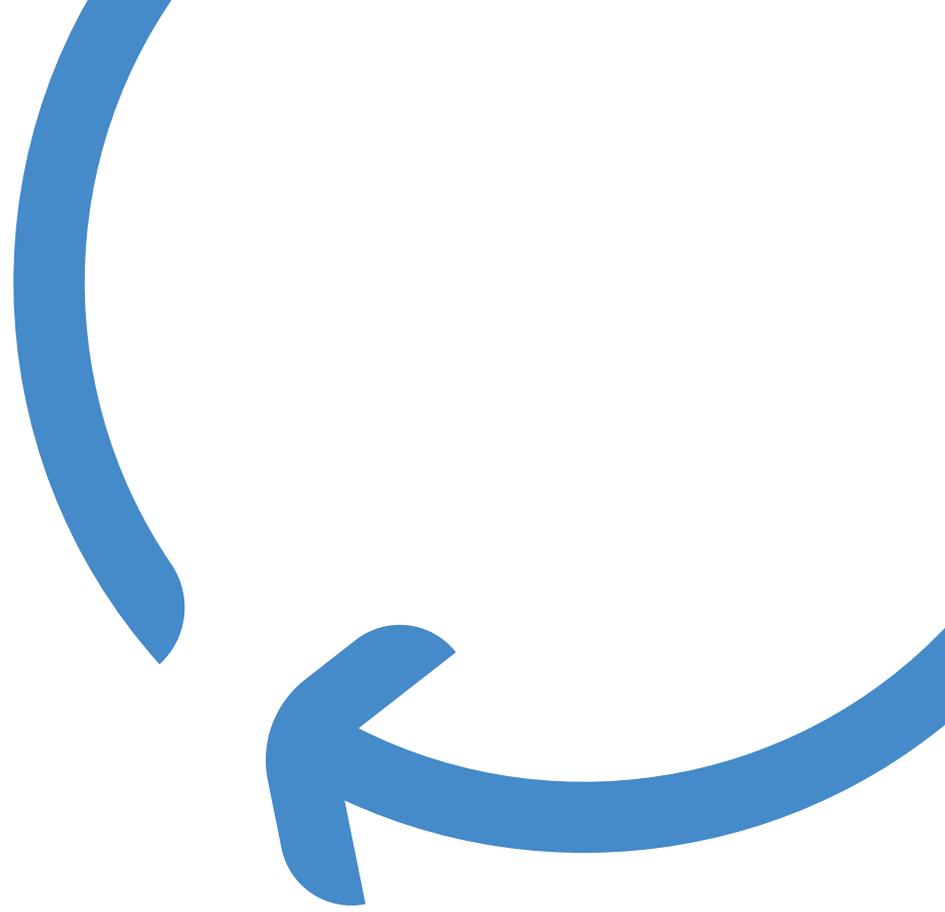
Las elecciones internas para elegir candidatos siguen su marcha en los distintos partidos. Las condiciones no son las mejores para que las mismas fueran realizadas con todas las garantías democráticas. Es muy probable que estas elecciones sean más bien una ratificación de candidaturas “fuertes”, que necesitan el trámite para su legitimidad y legalidad, que una competencia entre visiones diferentes de políticas de las que son portadores los futuros candidatos.

Las elecciones de diputados a la Asamblea Legislativa y al Parlamento Centroamericano, así como de Concejos Municipales, se realizarán en medio de la pandemia, con quién sabe cuántos casos de contagio y cuántos muertos. Arena y FMLN parecen estar dispuestos a perder diputados antes que utilizar sus elecciones internas para ofrecer una oposición renovada, más creíble. En las relaciones con el Ejecutivo, estos partidos salen perdiendo. Ni siquiera han sido capaces de enfocar los

controles institucionales sobre los diputados que apoyan al presidente en los partidos GANA y PCN. Estos ya han demostrado apostarle al “caballo ganador” creyendo así que evitarán su desaparición.

En materia económica ha quedado al descubierto la vulnerabilidad que supone la excesiva dependencia del comercio, hoteles, restaurantes, maquilas y servicios de la administración pública como principales actividades económicas, así como de la recepción de remesas familiares. Un proceso de reapertura, por más gradual que sea, debería de repensarse si va a reproducir la vulnerabilidad que la pandemia ha desvelado. Si por el incremento de casos de contagio se suspende la segunda o alguna de las fases posteriores, eso debiera ser una oportunidad no para recriminar y buscar culpables, sino para repensar qué actividades económicas deben ser apoyadas financieramente con recursos públicos.

Por otro lado, la reapertura debiera tener un enfoque territorial. La pandemia no ha afectado de igual manera a todo el territorio nacional. Con los datos oficiales de contagios se nota claramente que los grandes centros poblacionales, como los municipios del Área Metropolitana de San Salvador y las cabeceras departamentales, suponen mayores riesgos de contagio y mayores problemas para su atención, que los municipios con menor densidad poblacional. El escalamiento de la reapertura debiera considerar esta diferencia para evitar que el retroceso sea de carácter nacional.



# **PERSPECTIVAS DESDE LA ACADEMIA**



## Autoritarismo Cool

Carlos Iván Orellana, Codirector del Doctorado y maestría en Ciencias Sociales UCA/UDB, Universidad Don Bosco.

*Consejo que ya no es necesario en ninguna parte del mundo pero que en El Salvador...*

*No olvides nunca  
que los menos fascistas  
de entre los fascistas  
también son  
fascistas.*

*Roque Dalton,  
Poemas Clandestinos (1975)*

La discusión por la deriva antidemocrática en El Salvador cobró auge por las actuaciones del presidente de la República durante la cuarentena por la COVID-19. El plumaje autoritario exhibido ha sido tan exuberante, y el diagnóstico de distintas instancias y organizaciones dentro y fuera del país tan unánime, que poco pareciera quedar para el análisis a riesgo de ser repetitivos. Pero el autoritarismo que durante la cuarentena

deambuló libre por las calles, pantallas de televisión o Twitter, fue más allá del oscurecimiento de calabozos de pandilleros o de proponer universos legales paralelos. Las manifestaciones del autoritarismo en El Salvador hunden sus raíces en la historia, así como en determinantes socioculturales y psicosociales complementarios.

La historia del país no es ajena a achaques antidemocráticos, pero en la actualidad se inscribe en tendencias mundiales renovadas. Casi medio siglo después, la advertencia de Roque resulta de gran actualidad en varias partes del mundo. Tanto en Europa (Vox en España, El Frente Nacional en Francia, La Liga en Italia, entre otras) como en América (la Alianza por Brasil de Jair Bolsonaro, o el mismo Donald Trump del Partido Republicano en Estados Unidos), es fácil constatar que opciones políticas de esas han entrado por la puerta grande de la democracia como tendencias políticas caracterizadas por erigirse como la salvación de sus respectivas naciones.

Lo hacen enarbolando la defensa del libre mercado, la punitividad, la promoción de valores tradicionales rígidos y religiosos, explicaciones pseudocientíficas, manipulación de imágenes y emociones, desinformación y populismo. Su retórica más hostil y frecuente se enfila de manera frecuente contra enemigos de ocasión que justifican mucho de su existencia, generalmente a quienes acusan de la ruina política o económica del país; o grupos a los que acusan de su ruina moral, como feministas, población LGTBI, ateos, migrantes irregulares, críticos con el sistema, entre otros. Su proliferación responde también al vaciamiento intelectual y programático, la pusilanimidad ideológica y la denodada ineptitud para gobernar que han demostrado las izquierdas en

los últimos años.

La imagen monstruosa de “los Nazis” que el cine se ha encargado de alimentar adquiere en la actualidad otros colores y pelajes. Sin embargo, de haberlos, los hay, pues los menos fascistas siguen siendo fascistas. Ocurre que ya no todos usan uniformes ni suásticas, porque esas cosas dan mala prensa y dejan mal cuerpo. Hoy son, como Donald Trump, que dijo ser cool. Y miren como son las cosas, que el presidente Bukele también dijo y le dijeron fuentes autorizadas –youtubers– que es cool. Cool, es decir, genial, simpático, único, estupendo, agradable, dominante, original, creativo. Una hermosa polisemia en castellano que, paradójicamente, desplegada tal cual, pierde gracia porque gana sinceridad narcisista. En lo alienante de la palabrita y sus posibilidades de simulacro reside su encanto.

Este autoritarismo cool es, de hecho, una expresión de populismo, un performance de cercanía con la gente. De ahí la moderna ausencia de corbata, la gorra para atrás de “cipote pleitista”, los selfies, el uso lúdico de las redes sociales o la entrevista con Residente. El disfraz juvenil del presidente desconcierta a la vieja política, “confirma” cosméticamente una ruptura con el pasado, mientras atrae a ciudadanos desencantados y a jóvenes. Las herramientas web sirven como gotero comunicativo o publicitario, dosis concentrada de información para consumo de masas y de insinuación de omnipresencia. Sin embargo, sigue siendo un disfraz, como lo es la pantomima –también populista– de deslocalizarse ideológicamente o situarse más allá de ideologías, lo que ofrece –una vez más– una postura de brazos abiertos a todas las formas de pensamiento.

Sin embargo, sucede que el Presidente, por definición, no es como todo mundo: es como el grupo de empresarios con los que decidió reunirse para decidir nuestros destinos, o incluso como aquél que desconoció. Es un empresario millonario, y un

millonario no es una persona normal. Menos en un país de asalariados con bajos sueldos, donde cientos de miles sobreviven en la informalidad o necesitan permanentemente del ventilador de las remesas para mal atemperar la UCI de la exclusión social. No parece casual la inspiración corporativa de las cadenas nacionales, con la mesa interminable presidida por el gerente, el CEO, que, encantado de escucharse y acostumbrado a habitar la parte alta del organigrama, atestigua el asentimiento mecánico de cabezas de sus subalternos.

La máscara cool, además, no ha ocultado la negativa al matrimonio igualitario, a la despenalización del aborto, o la fascinación cultural por las fuerzas armadas. Quizás por eso ha costado ver ojos bonitos en cara ajena: ahí cerca, en Costa Rica, un país que ha manejado mejor la pandemia sin un ejército y, en medio de ésta, legalizó el matrimonio igualitario. ¿Qué estarían pensando los ticos, que ni su conservadurismo les previno de semejante arrebatado de inclusión, diálogo, estado de derecho, solidaridad y reconocimiento del carácter construido de las instituciones sociales, cuando en El Salvador, uno de los países con población más homófoba de América, sabemos que las crisis deben ser enfrentadas con exclusión, confrontación, anomia, superstición, asistencialismo y culpabilización de las víctimas?

Twitter, su juguete favorito, lo confirma como una persona lejana, no al revés. Las nuevas tecnologías de comunicación a distancia sirven para mantener a la gente a distancia. Constituye un gesto infantil mandar mensajes desde la comodidad de tus aposentos o posar sonriente con tus apps, indiferente al mundo que arde fuera. Cercano es Marcelo Rebel de Sousa, el presidente de Portugal, como humanista, carismática y conciliadora es Jacinda Ardern, la primera ministra de Nueva Zelanda.



Foto cortesía de Agencia EFE

Nuestro presidente es... cool, como Trump. Con sus matices, el parecido de familia es llamativo: juicios cuestionables e improvisación para abrir la economía del país; animadversión a periodistas críticos (también misoginia en el caso de Trump); manejo conspiratorio que desvía la atención de la propia responsabilidad por el estado de cosas (“los mismos de siempre” aquí, como China allá y la prensa crítica en ambos países); indiferencia ante el ataque y amenazas que reciben disidentes de la gestión gubernamental (acá ocurren en Twitter, el patio de juegos del presidente, mientras que en Estados Unidos, Trump suele minimizar culpas de ataques que califican como incidentes de odio); ambos se automedican “profilácticamente” con Hidroxicloroquina, en contra del juicio experto y de la más básica sensatez, al ignorar que un presidente constituye un referente y un modelo de comportamental para la población.

Es que lo cool no solo connota originalidad o genialidad, también la palabrita alude a frialdad. Casi un siglo de estudio del autoritarismo permite sostener que se trata de una ideología de desigualdad, pero también un resorte de agresividad. El autoritario que manda está convencido de su superioridad, y los mandados, de que su líder es incuestionable y sabe lo que hace. Bukele ejerce un liderazgo vertical y su gabinete un talante, cuando menos, autómata. El autoritario se somete y busca someter. Por eso resulta tan llamativa como repelente su oratoria ofuscada (como sus evidentes esfuerzos por atemperarla), el uso de Twitter como pulgar caligulesco o las maneras de matón de escuela mostrada por varios miembros de su gabinete. El autoritarismo reproduce formas altamente masculinizadas.

Pero al salvadoreño promedio le fascinan estas cosas.

Si Roque alertaba sobre los menos fascistas como fascistas, Horacio Castellanos Moya en “El Asco”, también decía que los salvadoreños son “individuos cuyo único interés es imitar a los militares y ser administradores de empresas”, que tenemos un “guardia nacional dentro de nosotros” y que “el salvadoreño es ese cuilio que todos llevamos dentro”.

Más de dos décadas de sondeos de opinión e investigaciones subsecuentes ratifican el carácter autoritario del salvadoreño promedio. No debería extrañarnos el embelesamiento popular con un líder que vocifera contra los viejos poderes, que le apaga el sol a los pandilleros o que se saca el cincho del uso de la “fuerza letal”, que recurre a militares para concretar medidas epidemiológicas o para nombrar gobernadores, o que en cadena nacional ejerce de padre hastiado que se vio obligado a encerrar a la gente por no hacer caso, por no entender ni con dibujitos ni con insufribles explicaciones esto de la pandemia.

Desde aquí tiene sentido la espontánea aparición de un “guardaespaldas” que dijo contar con varias decenas de hombres fuertemente armados para enfilarlos contra opositores al presidente. Tampoco extraña que en redes sociales se celebre cuando el presidente “ahueva” a periodistas por hacer su trabajo, bajo el argumento que hacen preguntas tendenciosas. No se plantea esta turba virtual que con sumarse a este linchamiento se vuelven cómplices de un abuso de poder y de la humillación de un trabajador.

No caen en la cuenta de la doble moral –tampoco parece hacerlo el mandatario– que conlleva acusar a un periodista por deberse a su medio de comunicación o por recibir un salario, cuando precisamente el mismo argumento podría usarse contra cualquier otro comunicador que solo hace preguntas “fáciles”. Un rasgo fratricida de una sociedad muy dada al jingle edulcorado de hermandad y a los golpes de pecho, pero tan cruel en la práctica con los más vulnerables, lo que incluye la



Foto cortesía de Yuri Cortez/AFP

culpabilización de quien se infectó o terminó en un centro de contención.

Ahora, si el autoritario busca mandar y ser mandado, ¿quién manda al presidente? En el mundo autoritario mandan personas, cosas o símbolos. Lo relevante es que se trate de una figura de autoridad reconocida, que puede ser material o simbólica. Así, dado que el estado de derecho ha mostrado ser en realidad un estorbo, arriba del presidente, solo queda dios. Un gesto autoritario de libro que, estratégicamente, desempeña múltiples funciones: cumple con la parte de sumisión que al líder autoritario también le toca; permite desconocer la autoridad de otras personas o límites terrenales (la ley); propicia la cohesión y la identificación de una población altamente religiosa (incluyendo líderes religiosos y votantes convencidos o por convencer); sus acciones son barnizadas con ese halo de bondad por default que se adjudican las religiones y concede a sus acciones una legitimidad “fuera de este mundo”. De fondo, es una confirmación de la posición superior que se ostenta, desde la cual se mira y se justifica caprichosamente tomar toda clase de decisiones.

Mientras, enfrentados a la crisis que la pandemia ha abierto y que las depresiones tropicales agravaron, el añejo asistencialismo-propaganda se activa, pero queda enmarcado en el gesto caritativo de un Padre-Presidente. La súbita declaración del 24 de mayo como “día de la oración”, aun cuando desde 2003 ya existe el “día nacional de la oración por El Salvador”, confirma la indiferencia (que no el desinterés) de Bukele hacia la realidad que le circunda. Y, en otra vuelta de tuerca del autoritarismo juvenilizado que es el autoritarismo cool, se patea la laicidad del estado. Pero una crisis extraordinaria como la pandemia no puede atenerse al milagro. Requiere ciencia y democracia. Hacen falta planes y decisiones basados en el consenso plural y la evidencia científica colegiada.

Tan perniciosos fueron “los mismos de siempre” como lo es lo mismo de siempre: el autoritarismo que ha atravesado toda la historia del país y que el presente gobierno ha probado hasta la saciedad que no ha sabido superar. Porque las prácticas autoritarias se traducen también en el desprecio por las leyes y en minimizar la importancia de los contrapesos y controles, incluyendo la contraloría financiera. Los pírricos informes entregados, a todos los efectos, hacen imposible comprobar que

no se está robando, incurriendo en conflictos de intereses o dilapidando dinero de forma ineficiente. Sin cambio de rumbo, en la práctica el gobierno imita la clase política de la que supuestamente se diferenciaba.

El empecinamiento en la construcción faraónica de un hospital –“el más grande de Latinoamérica”– cuyo agujero temporal y económico parece que superará al que requieren sus cimientos, puede que termine siendo el símbolo de la gestión de la crisis. Muchos países montaron hospitales temporales para apoyar sus sistemas sanitarios con éxito, rapidez y menos costos. Con el país sumergido en una de las cuarentenas más largas del mundo, muchos espacios e infraestructuras han estado disponibles mientras revienta la capacidad del sistema de salud.

Este gobierno, como todos los anteriores, ha mostrado ser experto en mandar, reprimir y cerrar, pero no sabe cómo abrir ni cómo abrirse. De ahí la obstinación con tener razón a la fuerza, el confinamiento masivo de personas, o “los varados” encerrados fuera del país, situación que, se mire como se mire, ha sido un derroche de ineficacia e inhumanidad.

La pandemia pues, como toda crisis, revela cosas. Pero también, como toda crisis, constituye un caldo de cultivo de crispación social y de rentabilización política y económica de la tragedia humana. Las nuevas ideas acusan el viejo defecto congénito político-cultural del autoritarismo: nunca su rostro fue tan claro ahora que usan máscaras. El tristemente célebre 9 de febrero de 2020, el presidente Bukele ofreció un anticipo fugaz del repertorio autoritario que ha desplegado los últimos meses. Entonces, entre el alarde de fuerza de la presencia del ejército y la respuesta exprés que dijo que dios le

dio, manifestó que podría haber apretado “el botón”, que si fuera “un dictador habría tomado el control de todo”. Es más, mientras –literalmente– al país le llovía sobre mojado con depresiones tropicales y clínicas, expresó su intención de reformar el estado sin especificar a qué se refiere.

Nuestra democracia será híbrida, imperfecta, con goteras, llena de cárcavas y con todos los riesgos de derrumbes que se quiera, pero conseguirla, preservarla y llegar hasta aquí no ha sido fácil. Desde el 9-F no sabemos si Bukele es un dictador, pero ha dejado bastante claro que no es un demócrata.

## Epidemias y patrones culturales

Leonel Hernández Sánchez, investigador

Las crisis de salud pública no son ajenas a la Historia de América Latina, basta con ver las epidemias de Cólera en la Colombia y México de finales de siglo XIX, o el paludismo en Brasil de la década de 1930. Gastroenteritis, tuberculosis, paludismo, influenza y neumonía eran las enfermedades más comunes en El Salvador, y posiblemente en Centroamérica, en los años 50. En poblaciones alejadas de centros hospitalarios estas enfermedades representaban verdaderas epidemias.

La Historia muestra cómo las epidemias han generado dos dinámicas comunes: modifican los patrones culturales de las sociedades y muestran que los avances en ciencia y tecnología han servido para combatir las amenazas. El Estado salvadoreño, para 1950 inmerso en un

proceso de modernización económica y social, asumió un nuevo rol como garante de la Salud Pública. El panorama era poco alentador: para ese año solo existían 34 centros de salud en todo el país, la esperanza de vida rondaba los 45 años, la mortalidad infantil se estimaba en un 14.6% (1) y solamente existían 325 médicos para una población de 1,9 millones de habitantes, es decir, 1 médico por cada 10 mil personas. Si a esto sumamos que la mayoría de profesionales de la salud vivían y trabajan en la capital (2), conviene preguntar ¿Cómo hizo el Estado para afrontar estas amenazas sanitarias?

El gobierno cayó en cuenta que la mejor manera de combatir las epidemias era promover la medicina preventiva. Para lo cual se creó una cátedra especializada en la Universidad de El Salvador en 1957 (3). La gastroenteritis, enfermedad relacionada con la falta de limpieza, suponía la principal causa de muerte. En la lógica del “Bienestar Social” se promueve el trabajo conjunto de las instituciones de salud, educación y trabajo. Así, en 1951, se decreta un año de servicio social obligatorio para todos los egresados de medicina con el objeto de expandir los servicios de salud a poblaciones fuera de la capital. En las escuelas se empieza a difundir los “hábitos de higiene”, se enseña a los niños cómo lavarse las manos con jabón, bañarse a diario, usar ropa limpia, utilizar baños sanitarios, beber agua potable etc. El Ministerio de Trabajo impartió charlas antituberculosis, antipaludismo y de hábitos de higiene en fábricas y talleres. La Dirección General de Sanidad y el Ministerio de Salud iniciaron campañas de fumigación con Dicloro Difenil Tricloroetano (DDT), contra el paludismo, y campañas de vacunación contra la tuberculosis.

Las nuevas tecnologías jugaron un papel decisivo en el fomento de la medicina preventiva. La Reforma Educativa de 1968 y su componente de “Televisión Educativa” incluía la higiene personal, salud y nutrición como parte de los ejes centrales (4). Además, se hizo difusión a través de radio y la prensa alineada con el gobierno, como “El Diario de Hoy”. Los esfuerzos se vieron favorecidos con la Alianza para el Progreso, promovida por Estados Unidos a partir de 1960. Instituciones como Unicef aportaron insumos: desparasitantes, alimentos, medicinas, y capacitación en prácticas de limpieza.

El desarrollo de la naciente industria de los años 60,

hizo que el país contara con oferta en productos de limpieza: shampoo, jabón, desinfectante, detergentes, papel de baño, pasta de dientes, cloro para el agua etc. La promoción de la higiene y el paulatino acceso de la población a productos de limpieza iban transformando las prácticas cotidianas. Para 1990 la sociedad en su mayoría había interiorizado y convivía con estas prácticas de medicina preventiva impulsadas desde mediados de siglo. Las mejoras eran notables: existían 230 establecimientos de salud en el país. La esperanza de vida aumentó a 62 años, y la mortalidad infantil bajó a 6%.

Por difícil que parezca, bañarse a diario, lavarse las manos antes de comer, usar baños sanitarios o letrinas eran prácticas no asimiladas en muchas regiones de El Salvador de mediados de siglo XX. Las epidemias y el uso de medios de comunicación para fomentar prácticas de higiene, la fabricación de nuevas medicinas y consumo de productos de limpieza transformaron la vida. Aquellas medidas tomadas como medicina preventiva (higiene personal) empezaron a salvar vidas, y se convirtieron en la regla, rompiendo con los patrones culturales de varias generaciones.

Ahora nadie niega la importancia de los hábitos de higiene para salvar vidas. Pero ¿qué pasa con el aislamiento social como medida preventiva para reducir contagios de Covid-19? Obligados a realizar tareas y labores desde casa, muchos tratan de adaptarse a la situación, buscando en las tecnológicas de la comunicación la manera de continuar con sus actividades productivas, y así reducir la posibilidad de contagios.

Dichas plataformas tecnológicas también han servido para alertar y mantener informada a la población sobre los peligros de no cumplir la cuarenta y el correcto procedimiento de las medidas sanitarias como lavado de manos, utilización de mascarilla, desinfectar objetos, etc. Aunque a veces el abuso, principalmente de las redes sociales, ha generado miedo e histeria

colectiva, no se puede negar que toda esta dinámica no sería posible sin los avances de la comunicación digital propia del siglo XXI.

A medida que se la crisis continúa el “home office” y las clases virtuales se vuelven la mejor forma de mantenernos seguros. El comercio virtual no ha perdido oportunidad: las plataformas han ampliado sus catálogos de ventas en línea, se sugieren aplicaciones de desarrollo y recreación para todas las edades. Universidades y centros de estudio ofrecen cursos certificados en línea. Muchos profesionales se vuelven consultores trabajando desde casa. Los usuarios descubren el acceso a contenidos que no habían podido ahondar por falta de tiempo. La lista se podría ampliar.

La crisis nos llama a repensar algunos paradigmas actuales relacionados con las actividades presenciales y viajes innecesarios que hacemos de manera habitual. Ahora vemos con más claridad los beneficios de priorizar de manera gradual el intercambio virtual, no solo por

la crisis que apremia, sino en términos de ahorro de tiempo y recursos, que genera a la vez un impacto positivo en el medio ambiente y en nuestra calidad de vida. Así como en el pasado llegamos a comprender la importancia y beneficios de la higiene personal, quizá sea tiempo de interiorizar las ventajas de mantener cierto grado de distanciamiento social como prácticas para cuidarnos y cuidar el planeta que habitamos.



Foto cortesía de Rodrigo Sura /EFE

# Referencias

- (1)** Dirección general de estadística y censos- DIGESTYC. República de el salvador, Estimaciones y proyecciones de la población 1950-2050, (San Salvador: Ministerio de Economía, 2009), 16.
- (2):** Leonel Hernández Sánchez, “Democratización de la Salud en la modernización del Estado. 1950-1960”, La Universidad, No. 33-34, (abril-septiembre, 2017): 133-156, 136.
- (3):** Herberth Morales, “Opinión pública y salud: Las discusiones sobre el desarrollo de los servicios de la salud pública en El Salvador 1948-1957”, Revista LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos, vol. 17, No. 1, (enero-junio, 2019): 81-96, 88.
- (4):** Héctor Lindo-Fuentes, “La televisión educativa en El Salvador como proyecto de la teoría de la modernización”, Cultura, No. 83, (mayo-agosto, 2006): 50-73, 55.

